

que les causó admiracion, como entre otras cosas especiales, que habia tanta cantidad de oro, que no solo se podian cargar recuas, sino muchos carros, y que en la citada provincia habia una laguna muy grande y profunda, en que navegaban sus habitantes con canoas grandes; que las del cacique traian argollas de oro, de cuyo metal estaban embutidas, y mostrando al mismo tiempo que hablaba, un poco de peltre revuelto con plata, decia que no era de esa manera, sino como unos anillos de oro que enseñaba. Daba á entender que era mucho el oro que habia en aquella provincia, y como se sabia ya el mucho oro que se habia encontrado en el Perú, los nuestros, admirados de tanta grandeza que les contaba, se persuadieron que no dejaria de haber mucho de este precioso metal, aunque no tanto como se ponderaba. Decia más el indio: que habia entre ellos muchas guerras, y que habia muchas naciones de indios; que su casa era de las más principales de aquellas provincias, y tanto, que cuando estaba en su tierra y queria ir á la guerra, le llevaban en andas; que era tan valerosa su gente, que no le hacia fuerza cuando le daban aviso de la multitud de los enemigos que venian á acometerle; la mandaba caminar, y estando cerca de sus contrarios, mandaba hacer alto, llamaba unos perros que tenia muy bravos, y quitándoles los bozale

los soltaba, y daba el avance con tal impetu y agilidad, que siempre vencia con el auxilio de los perros, y por ser los suyos tan valientes, siempre volvía victorioso á su tierra, donde tenia una casas grandes, y le servian todos con grandeza, y un apartamiento destinado para las mujeres, cuya puerta estaba tapada con manta de algodón, y por si alguna se queria asomar á ver lo que pasaba, tenia puestos allí unos porteros de guardia que las reñian y daban con un palo. Estas patrañas que decia el indio, revueltas con algunas noticias de la tierra verosimiles, obligaban á los nuestros á darle algun crédito, y por algunas señas que le notaron, lo tuvieron por hechicero. Túvose cuenta con el indio, le trataron bien; y aunque se tuvo por sospechoso, como en todo lo que contaba nunca discrepaba en cosa, no esperaba más el capitan que pasase el tiempo de invierno para averiguar si era verdad lo que decia, y volvió al campo del general Vázquez Coronado con el indio turco, participándole estas noticias, y que segun decia, antes de llegar á aquella provincia de Copala, á distancia de diez soles, se habia de pasar por una provincia muy grande, pobladisima de gente, que se llamaba Ayco, en donde no habia oro ni metales, pero si mucha provision de viveres. No hizo el mayor aprecio de estas noticias el general: sin embargo, concibió que no

era posible que todas las cosas que decia el indio fuesen invencion suya, sino que algo habia de consideracion que descubrir por aquellas partes, segun las grandezas que se decian del Nuevo México, y no estaban contradecidas hasta entón-ces. Los otros capitanes trajeron cuatro indios: al uno lo llamaron de la Vaquilla, por una que tenia señalada en la frente, dibujada con peder-
nal y colores, como usan los mecos, que era de hácia la Florida, y á otro pusieron por nombre Hisopete, por ser pequeño y mal agestado.

Entretanto reconocian estos capitanes la tierra de orden del general Francisco Vázquez Coronado, él por su lado corria las orillas de este rio, que va del Norueste corriendo como al Sudueste, de lo que se infiere, que entra en el mar del Norte; y así es, pues ahora que se ha traginado esta tierra, este rio es conocido por el rio del Norte. Inteligenciado el general de las relaciones que le dieron sus capitanes, en cuanto abrió el tiempo, juntó su cuerpo y se aprestaba para dirigir su marcha por donde el indio Turco habia seña-
lado, cuando por culpa de los indios de la pro-
vincia del Tiquez se le ofreció una guerra que sostener, en la que perecieron algunos espa-
ñoles, muchos indios, y se asolaron sus pue-
blos. El motivo fué, que junto al mencionad-
o estaban paciendo la caballada y muchas bes-

tias de carga, y tal vez porque estos animales hacian daño á las milpillas de los indios de un pueblo pequeño, el más cercano adonde esta-
ban aposentados los españoles, fueron cogiendo estos naturales como cuarenta mulas y algunos caballos, y despues de haberlas metido en sus pueblos, las mataron, y temiendo el castigo de su maldad, se fortalecieron con ánimo de defen-
derse. Luego que se supo en el Real lo que habian ejecutado los indios, se acriminó y tuvo á desver-
güenza grande de ellos, y contravencion de la amistad que habian ofrecido: se les reconvino, re-
preñdiendo su maldad, y solo se exigió de ellos algunos bastimentos para la tropa en el camino: no hicieron caso los indios de estas demostra-
ciones pacificas, y léjos de admitir el perdon que se les ofrecia, se insolentaron más, y considerán-
dose muy seguros en sus casas, respondieron á diversos requerimientos de paz que se les hicie-
ron, con unas descargas de sus flechas, y sin querer dar oidas á cosa alguna, repetian sus alari-
dos, amenazando con bravura, que no solo se habian de defender, sino que habian de destruir á los nuestros si no se retiraban cuanto ántes del pueblo; pero contuvo su orgullo el Maese de campo D. García López, quien ayudado del capi-
tan Diego López, avanzaron con sus respecti-
vas compañías, y comenzaron á incendiar el

pueblo y á descargar sus arcabuces sobre los indios más atrevidos; pero éstos, conociendo que no les iba bien, pues perecían muchos en la refriega, clamaron por la paz y se rindieron: apenas se hubieron entregado estos infelices, que eran como unos ciento y cincuenta gandules, los aseguraron, y en una de las tiendas de campaña los fueron matando con prontitud, y á unos cuantos cabeillas quemaron, diciéndoles que eran unos caballos, y sin esperar sus razones, abusando el capitán D. García de la ventaja que había conseguido, dió orden á sus soldados que se entrasen á discrecion en el pueblo, y en poco tiempo lo destruyeron y asolaron: accion inhumana que se tuvo muy á mal en España, por haberse dado estos indios de paz, y de resulta vino orden de la Corte para que se castigase la crueldad de García López; y cuando pasó á México á heredar de un hermano suyo que había muerto con competentes bienes, fué preso y conducido á una fortaleza hasta que compurgó su exceso. Viendo, despues de esta sangrienta ejecucion, el capitán D. García López, que no convenia dejar aquella provincia de guerra, fué en persona á verse con el indio más principal de todos aquellos pueblos á fin de entablar la paz, y decirle la causa que tuvo para castigar aquel pueblo en particular por su desafuero. Dicen unas memorias

antiguas que este indio se llamaba Juan Roman, y que era conocido de los españoles porque había venido muchas veces á hablar con el general. Este indio era bien ladino, y no hubo forma de dejarse ver del capitán D. García López, sino que desde las azoteas de su pueblo (que era el más populoso y fuerte de la comarca), le respondió airado, que ¿cómo se atrevían los españoles á solicitar su amistad despues de haberle muerto tanta gente? que no pensasen que con ellos habían de hacer lo mismo; que se defenderían de tal suerte, que les pesaría mucho si le venían á acometer. D. García volvió á instarle, proponiéndole las conveniencias de la paz, y que olvidando todo lo pasado, como buenos amigos los auxiliarían contra sus enemigos; que si confiados en sus fortalezas no querían admitir la paz que les ofrecían, experimentarían cuánto puede la industria y el valor de los españoles. Resolvióse por fin el indio principal á bajar de las azoteas para conferenciar á solas con el capitán García López, pero con el ánimo depravado de traerle engañado á su pueblo y matarle. Hizo apartar los indios que venían en su compañía, y deteniéndose un poco para dar lugar á que se acercase más el capitán D. García, apenas (como se lo había prevenido, que hiciese lo propio que él, apartando de su lado sus soldados y viniese sin armas) se llegó á él á ha-

blarle, se abrazó con él, y acudiendo unos cinco á seis indios que habia dejado emboscados y apercebidos para jugar bien el lance, lo llevaron en peso y lo iban á meter al pueblo, cuando á las voces de D. García ocurrieron los soldados de á caballo y le libertaron. Entónces los indios, viendo descubierta su traicion, recógieron á su capitan principal Juan Roman y se declararon abiertamente enemigos de los españoles, descargando un sinnúmero de flechas desde la palizada, con tanta porfia y algazara, que se retiraron los soldados de á caballo, y se trató en el Real de aguardar mejor ocasion para castigar la insolencia de los indios, de modo que no quedasen tan ensoberbecidos.

Como instaba en todos los nuestros el deseo de llegar á la tierra de la Quivira, por las muchas riquezas que en ella decia el indio Turco habia con tanta abundancia, se apresuró el general á tomar venganza de los pueblos alzados del Tiquez, y dirigió sus intentos hácia el pueblo más fuerte de toda aquella comarca, que estaba situado en alto, bastantemente apartado del rio y proveido de viveres, y para en caso de apuracion lograba tener una fuente que podia suplir si no podian ocurrir por agua al rio. Estaba bien fortalecido á la usanza de aquellos indios, y para atender mejor á su defensa, envió su capitan Juan

Roman á pedir auxilio á otros pueblos circunvecinos, y principalmente á la poblacion de los Gue-rechos que eran unos indios muy esforzados y grandes flecheros, y andaban continuamente cazando las vacas en los Llanos así llamados, que están contiguos á sus rancherías. Movió el general su campo para este pueblo, y como lo acostumbraba, se les requirió de paz, pero no haciendo caso los indios de ella, y viendo que estaban determinados para recibir el asalto, acometió á un tiempo la caballería y la infantería por la entrada principal del pueblo, que estaba embarazada con palos atravesados y hincados profundamente en el suelo: aunque nuestra tropa venció con denuedo esta primera dificultad, no pudo abrir brecha en las primeras murallas, cuya fábrica era de una argamasa muy dura, y las mantas no hacian mella, ántes bien resistia al empuje de las barras, y no obstante que los trabajadores se valieron de unos maderos muy duros y gruesos, forrados de mim-bres ó tlacotes, que arrimaban y jugaban con impetu sobre las paredes, no pudieron gastar un palmo de ellas, ni abrir la más mínima brecha; á más de eso, cargaba sobre los minadores gran cantidad de piedras y flechas, porque por allí caían varias casas de azotea, donde acudian muchísimos indios arrojando sin cesar dardos y piedras, y otras cosas arrojadizas. Viendo un soldado que

todo el daño les venia por las troneras, y que por una de ellas les disparaban muchas flechas, y por otro lado, que se perdía tiempo en abrir brecha, dijo á otro compañero: vamos á acometer esa tronera, y la taparémos con lodo para impedir el daño que por ella nos viene: embistieron ambos con ardor y resolucion, pero fué tanta la multitud de las flechas que les tiraron, que cayeron muertos, atravesados de sinnúmero de ellas. Causó mucha pena á nuestro campo la muerte de estos dos valientes soldados, y asimismo la de un caballero llamado Francisco Ovando, que por haberse metido inconsideradamente en una casa por una de sus portañuelas, le embistieron los indios, dándole en la cabeza con sus macanas, y atravesándole con sus flechas le acabaron con la mayor crueldad. Al mismo tiempo, como se acertó á fabricar una escalera por donde subieron los españoles ganando las azoteas, los indios se refugiaron en lo interior de sus casas y se repartieron en unas torrecillas que estaban de trecho en trecho, prevenidos para descargar sus flechas por las troneras que tenían, en caso de ser acometidos. Viéndose los españoles dueños de las azoteas, les pareció que en breve acabarían con los enemigos; pero se engañaron, porque los indios, con ardid, tenían manejadas unas casas que no tenían techo, á fin de que no se pudiese andar

por todas las azoteas, y cuando las anduvieron, dieron, sin poder retroceder ni pasar adelante, en una casa descubierta, y desde una de las torrecillas les dispararon tantas flechas, que salieron heridos más de sesenta españoles, y tres de ellos murieron dentro de poco de las heridas. Fué tan inesperada la cautela de éstos indios, que se aturdieron los nuestros, y casi se estuvieron quedos recibiendo heridas, porque á no haber obrado con tanta confianza, pareciéndoles que los indios no eran capaces de tanta industria, y si, como se advirtió despues, hubieran cercado sus torrecillas y tumbado una puerta que tenían cerrada con adobes puestos uno sobre otro y sin barro, los hubieran echado de ellas con gran facilidad, y el daño hubiera sido grande de parte de los indios y no de la nuestra. Reconociendo el general el poco efecto de este primer asalto, y cuán costoso era para su tropa, mandó tocar á recoger, determinado á coger los enemigos por sed, pareciéndole que por mucha agua que tuviesen recogida, no les alcanzaria para ocho dias, siendo así que estaban abastecidos de maíz para mucho tiempo. Cercóse el pueblo, y por tres parajes oportunos formaron sus cuarteles los soldados, y en uno de ellos se trató de curar inmediatamente á los heridos. A más de los tres que murieron, estuvieron otros en términos de experimentar la

misma suerte, no tanto porque las heridas fuesen muy penetrantes, cuanto porque se presumió, al ver la dificultad que habia en sanar de estas heridas, que estaban envenenadas las flechas, y no con yerbas venenosas, porque no las tenían, sino por otro arte de que se valian aquellos indios para ello. Cogian muchas víboras, las encerraban en unas como vasijas de mimbre, las tenían envueltas en algodón y hacían que mordiesen en las flechas, y así quedaban, según su modo de entender, emponzoñadas. Esta es una gran vulgaridad, que se desvanece si se atiende á las observaciones del famoso Redi sobre la mordedura de las víboras, y á las experiencias que hizo de su aserto, comprobando que no son capaces las víboras de introducir su veneno por algun jugo venenoso contenido en vesículas debajo de los dientes, sino que por la impresion de los dientes, si coge al sugeto mal complexionado, se le seguirá perjuicio, y no por via de contagio, por humor venenoso introducido. Véase el tenor de su disertacion, que afianza la experiencia; y si estos soldados tardaron en sanar, fué por la naturaleza de las puntas ó pedernales de las flechas, que como cuerpos extraños, y que no se pueden sacar con facilidad por donde se encajaron, sino por una contra-abertura, en cuya operacion el paciente sufre demasiado,

y forman sinuosidades ó fistulas, á veces muy difíciles de curar ó incurables.

Duraba ya el cerco algunos dias, comenzando los sitiados á sentir las congojas de la sed, cuando, por ser tiempo de invierno, nevó con tal abundancia, que se cubrieron las azoteas y patios del pueblo de nieve hasta la altura de casi média vara. Entónces, sin pérdida de tiempo, acudieron los indios á cogerla, y por algunos dias tuvieron con que remediar la necesidad que tenían. Por este motivo se detuvo forzosamente el general dos meses más con su gente, contentándose con velar y mandar hacer centinelas continuas para que no saliese del pueblo indio ninguno.

Entretanto, se fueron fabricando en el real unos ingenios que llamaban *vaivenes*, y eran unos maderos grandes colocados entre dos poyos bien hincados en la tierra, que se manejaban como los arietes de los antiguos para derribar la dureza de las paredes, y en la ocasion intentar el asalto del pueblo. Al cabo de tantos dias de cerco, faltóles la agua á los enemigos, y determinaron hacer en la plaza de su pueblo un gran pozo para ver si así conseguían agua; pero como era tierra seca y cascajosa, se derrumbaba con facilidad, de modo que abrieron una boca casi tan grande como la misma plaza, y despues de haber ahon-

dado mucho no pudieron encontrar agua alguna; y hallándose en el mayor aprieto, intentaron salirse de su pueblo sin ser sentidos, y para disponer mejor su fuga, se asomaban algunos indios por las azoteas para mostrar que les sobraba el agua, vertiéndola fuera á vista de nuestros centinelas, pero era sus propios orines. Cuando les pareció que era ya tiempo de desamparar su pueblo, por haber observado algun descuido en nuestros centinelas, formaron un escuadron, colocando en el centro todas las mujeres y niños con la ropa que pudieron llevar, y á la media noche, ayudados de la oscuridad, salieron conducidos por su gefe Juan Roman hácia la parte más cercana del rio, que como buenos nadadores esperaban vadear, borrando el rastro como lo suelen hacer los indios con gran sagacidad. Como por la parte por donde hicieron su fuga los indios los centinelas estaban desapercibidos, segun lo notaron ellos, no se les pudo tan presto seguir el alcance. Encontróse uno de los soldados de guardia muerto y tendido en tierra, con el corazón atravesado por una flecha como si con la mano se la hubiesen clavado; y aunque algo tarde se supo la salida impensada de los sitiados, marchó la tropa en su persecucion; pero ya habian pasado el rio, y habiendo dilatado en hallarle el vado, tuvieron los indios tiempo suficiente para

alejarse más y más, y salir con su valeroso intento. Perdida la esperanza de alcanzarlos, se volvió nuestro ejército para el pueblo, y á unos cuantos indios que se encontraron escondidos en las casas, los mandó ahorcar el general.